

Lección Inaugural  
Programa de Literatura - Tercer cuatrimestre de 2017

# Una charla sobre el espíritu patrimonial

Por Juandiego Serrano Durán

\*\*\*

*En el programa de Literatura Virtual de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, se ofrece, como campo de acción, la gestión del patrimonio cultural literario. Un campo de acción como este se confunde con la crítica, por manejar contextos históricos y culturales y por intermediar en sus búsquedas con el ejercicio del juicio crítico e investigativo, y puede estar ligado a sinnúmero de acciones colindantes con la literatura, como la edición, la reproducción, la divulgación y la representación literaria. Sin embargo, es un campo con una vocación específica. Lo es protocolarmente desde que Naciones Unidas promovieran los primeros pactos de protección de los derechos culturales, económicos y naturales en las décadas posteriores a la segunda posguerra mundial, pero en literatura lo es desde mucho antes, en tiempos memorables de la imprenta, como salvaguarda de las vidas perdidas y de los libros escritos y escondidos, rescatados póstumamente. En la historia, son más los libros que hemos enriquecido con la muerte de sus autores, que los autores vivos que hemos engrandecido con sus libros. La humanidad y la literatura no saben de cariño, pues son un amor alimentado de tragedias.*

*El patrimonio, como tal, nos lleva a una gran contradicción. Se puede hablar de gestión del patrimonio como un contrasentido, en tanto el oficio reconoce que es necesario identificar, promover e investigar el legado cultural de una porción jurídica que por lo general está en una condición de abandono, desatención y olvido por parte de los herederos de la misma porción jurídica. Puesto que patrimonio no sólo es lo que ha sido valorado y resulta simbólico para el hombre, le corresponde al patrimonio ser un espacio de renovación de los valores culturales. Cuanto más en la literatura, donde el escribir nunca ha sido un acto hermanado con la subsistencia y el éxito, o con el progreso material.*

*El siguiente texto es una manera de pensar en los vericuetos del oficio patrimonial, ese que observa a las sombras del pasado y a los ignotos del presente, para entender, entre líneas, en qué consiste el trabajo de recuperación, valoración, difusión y apropiación social de la literatura. Escrito en un lenguaje paródico, busca sacar de las palabras el espíritu del rescatista, si por espíritu podemos entender el desarrollo férreo de una vocación ligada a la vida, arropado con el abrazo a la comedia por el título otorgado a ese personaje peculiar. No tiene otra intención más que servir de aliento, y así comenzar por posicionar el equilibrio sensible del individuo común, aquel que nos permite ver hacia nuestro derredor*

*y acoger con mayor claridad a la riqueza que a la precariedad de aquello que somos, en instancias menores de la cultura universal.*

\*\*\*

El folklore soy yo.

CARLOS VEGA

Un buen día, una amiga me ofreció una llamada con una voz tersa y profunda. Apenas al saludar, percibí con nitidez la profundidad de su cuestionamiento. Conmovida por los trabajos que hice en el anonimato, y que contenían en su aspecto y en su fondo unos visos de espiritualidad no clerical, del espíritu de mi pueblo, ella me dijo:

—Tú deberías ocuparte del patrimonio en el municipio...

—Te voy a contar un chiste, uno malo —le respondí—. Si me oficializo en el ejercicio del patrimonio a nivel municipal, dejaré de hacer el trabajo por el que me has llamado con esa voz meditabunda.

— ¡No lo creo! De verdad, no lo creo. Las personas que están haciendo algo por nosotros son las personas que deben recordarnos quiénes somos.

—Esas personas, que llamas, son elegidas por elección popular. Incluso allí, quien pretende ser elegido debe “lanzarse”, y yo no soy paracaidista, mi querida. Yo soy apenas un historiador.

—Sí. Pero en los cargos administrativos y diplomáticos hay selección no democrática, a rigor de las aptitudes. ¿No es así?

—Podemos hablar horas y horas sobre lo que “deberíamos ser”, pero seguramente terminaremos borrachos sin tomar una sola copa. Somos lo que somos, y está bien así.

— ¿Y la memoria? ¿Quién le dice a los chambones que no son los únicos que pueden?

—Bueno: yo no soy un espejo. Si tú y yo podemos reflejarnos, lo haremos juntos, uno al lado del otro, frente al espejo. Si el espejo es opaco, es porque no nos estamos mirando, o porque aguardamos en un sauna. No siempre la pérdida de memoria es el problema. Tú misma me das una respuesta positiva: eres memoriosa. Con eso basta y sobra. Es cuestión de sensibilidad. A veces el chambón es apenas una persona que no aprendió la pulcritud del oficio, pero siguió progresando como persona.

—Dime: ¿Por qué estudiaste historia?

—Porque quería ser arqueólogo.

— ¿Y la arqueología, qué se hizo?

—Es el espíritu con que entré al pasado. Quizás en algún momento quise ser un aventurero, viajar a Egipto y a la península de Yucatán, vestirme con enterizos caqui y sombreros anchos. Entiéndeme: decidí ir por el pasado a los once años. En algún momento pensé que viajar por los artefactos muertos sería una manera reconfortante de hacerlos hablar. Ese espíritu no ha cesado, aun cuando ahora piense que, de haber estudiado arqueología, hubiese mudado de patria, pues nunca se me habría ocurrido hurgar en los materiales de mi tierra.

— ¿Y por qué historiador, entonces?

—Porque no fui lo suficientemente terco. Yo quería vivir en Bogotá y estudiar allí, pero mis padres me convencieron de ser prudente con el gasto familiar. Estudié historia en Bucaramanga, por modesta humildad o por franca indefensión de la voluntad. Demoré más tiempo del que deseaba... me perdí, me encontré, me volví a perder. El mayor acierto de esa decisión fue haber permanecido acá, viendo los mismos árboles y pisando los mismos senderos, sintiendo la diferencia de cada paso y del caer de las hojas, con mis respectivas frustraciones o mis incipientes alegrías.

—Si hubieras estudiado en Bogotá serías muy distinto...

—Seguramente. Pero incluso así, sería el mismo, pero en otro lugar.

—Serías otro búcaro enroladito...

—Sí —echamos a reír—. Es posible que trabajara para el Banco Mundial o que me hubiese doctorado en historia geopolítica y económica. Es posible que estuviese haciendo carrera para caudillo provincial. ¿Qué se yo? Pero eso mismo me hubiera ocurrido si, en medio de mi carrera, no se me hubiese ocurrido vagar, y dejar de ser el buen estudiante que era. Si algo me enseñaron mis maestros, es a no hacer análisis contrafactual.

—Pero dime: ¿No crees que deberías hacer algo por el patrimonio nuestro? ¿No te ofusca pasar por el cañón del Chicamocha y ver que un par de piscinas son más interesantes para los turistas que una exposición museográfica de las artes de Santander, o que un paseo dirigido por el camino de herradura de Geo von Lengerke?

—Yo no debería hacer nada por nosotros. Eso que me dices, es un aliciente para no hacer nada. Más si en mí reside la opinión, antes que la curiosidad. Y yo soy curioso. ¿Sabes? El patrimonio y eso que llamas “nuestro” son palabras que utilizamos, vaya cosa, cuando las creemos perdidas, ensombrecidas, bañadas en el celo del oprobio y la negación. Cuando el patrimonio está diseñado, como ocurre en la casa de Anna Frank, en las rutas turísticas de la literatura europea, en el paseo por las ruinas incas o en el Museo del Oro colombiano, es porque han pasado siglos y siglos valorando algo, hasta que paulatinamente todos en el mundo, ya no sólo en el lugar, distinguen ese algo y quieren vivir esa misma experiencia. Pero puedo decirte que, incluso a esos niveles de sobreexposición, siempre existe algo en las sombras esperando ser desenterrado, narrado nuevamente, mudado en su sensibilidad. A mí me tocó vivir en un entorno donde no puedo vivir de esa búsqueda de linterna entre las sombras, y por eso

me toca hacer oficios varios para ver realizadas mis expectativas. Pero, ¿quién no hace cosas que no le gustan para hacer las que le gustan? Sería egoísta de mi parte pensar lo contrario. Por mi parte, me contento con encontrarme con los muertos de mi tierra, y encontrar los rastros que hagan de mi diálogo con su silencio algo digno de contagiar a otros.

— ¿Qué hacer cuando se pierde la memoria?

—No sé, querida. No soy neurocirujano. Puedo decirte, por el contrario, qué hacer con la memoria. La memoria es selectiva, y depende, más que de nosotros, del entorno cultural. Si en mi vecindad nos levantamos con música alevosa, escuchamos golpes domésticos al interior de las casas y andamos buscando el pan de cada día, lo más seguro es que recordemos las mejores borracheras, los días de gavilleros y los tiempos en que pudimos comprar televisor, mientras repetimos el costado siniestro. Pero allí hay cierto tipo de cultura, y podemos encontrar la manera de exponerla. Pero si en ese mismo entorno una persona cierra su puerta, y se pone a leer o a escuchar música a más no poder, en algún momento a los otros les surgirá la pregunta sobre qué carajos hace ese loco. Llegará el momento en que le preguntarán, y allí habrá un nuevo recurso de la memoria. Quizá no determinante, pero se incluirá. Así funciona con nosotros. Así como somos; como una nación de doscientos años de juventud nacional, hasta ahora se nos está pasando la costumbre adolescente de agarrarnos a piñas con los demás y de hacer copia en los exámenes. Mientras ese recuerdo de la violencia y de la intolerancia y de la corrupción se disuelve en el tejido social, lentamente vamos hurgando otras maneras de recordar aquello que permaneció oculto en nuestra vivencia pasada. Cosas como jugar canicas, como el primer romance de embeleso o como el primer viaje a la Costa, llegarán sin esperarlo para diseñar los nuevos caminos selectivos de la memoria. La memoria no se pierde, ocurre que quien la estudia, la trabaja y la piensa, está seleccionando lo que el entorno no. Y el entorno está seleccionando lo que tiene a la mano.

— ¿Entonces, el cuento del patrimonio es mucha cháchara y poco apriete?

—Exactamente. En todo sentido. Cuando a ti te hablan del patrimonio, y lees la constitución nacional y las políticas para la protección de nuestros bienes materiales e inmateriales, llegas a considerar que en el país hay cosas que se protegen porque tienen mucho valor. Pero la cosa no funciona así. A veces basta con que un personaje famoso diga que le gustó visitar un pueblito para que, en diez años, sea considerado un bien patrimonial de la nación. Todo por esa razón accidental. Y entonces, comienzas a entender que el patrimonio es una palabra antónima. Quien trabaja en el patrimonio está intentando hablar de un valor que no se tiene, de una falta. Por eso, cuando se habla de defensa del patrimonio, casi todo lo que se diga son viles mentiras y patrañas de cultores, técnicos y administradores de smoking de la cultura en determinado lugar. Lo único que se defiende, a rigor de la acción gramatical, es la soberanía, el lugar donde cabemos todos los de ese lugar. Cuando alguien habla de rescate, de esa vergonzosa palabra que nos avisa que hay alguien muriendo y en hambruna, y que necesita una especie de caridad; allí, cuando alguien habla de rescate, por lo general no está explicando nada, pues está buscando las herramientas, las fuentes y la historia que, por andarla rescatando, sólo él podrá explicar. He allí el valor de lo particular. El patrimonio habla de la cultura de los pueblos en el sentido más bienhechor del ser humano, que es el de la valoración de aquellas expresiones que con el tiempo y con el perfeccionamiento de la expresión, llegan a ser distinguidas por la sociedad como valiosas. Pero,

dime: ¿las cosas son valiosas per se? Puedo decirte que San Agustín es un paraje fantástico que está siendo más defendido que rescatado. Y ahora, justo cuando hemos superado el penoso pasado analfabeto y hemos encontrado la alfabetización universal en la educación de nuestro país, ¿consideras que somos una nación letrada? En mi caso particular, pienso todo lo contrario: somos potencialmente una sociedad iletrada. ¿Qué hago yo buscando luces en la literatura, si el valor social de esta expresión artística o estética no está claro para la sociedad? Pues eso mismo: rescatarla, y disfrutar el hacerlo.

—No sé. Creo que si seguimos así, a cada “rescatista” le toca echarse una vida entera para llegar a medio dilucidar algo, y será tan pequeño que el impacto pasará de largo.

—Es allí cuando entra la gestión, querida. Si has hecho el trabajo de rescatar, leer, investigar y armarte una carreta valedera, viene la pregunta: ¿cómo muestro mi trabajo? Esa pregunta no es una pregunta menor. Primero, debo mostrar mi trabajo sin el ego de hablar de mí mismo. El primer error del rescatista es pensar que el documento que nadie conoció lo va a hacer famoso a él, y no al lugar o a la persona de la que habla. Al rescatar, sólo al final podemos poner alguito de nosotros, y será parte ya no del valor expuesto, sino del anecdotario social, que es de lo que estábamos hablando ahorita. Segundo, debo entender que para poder contagiar a otros, no debo ponerles el peso de mi conocimiento sobre su responsabilidad, sino encontrar las fuerzas para narrar esa historia que ya se sabe uno, una y otra vez, con el mismo brío y el ánimo para adaptarla en cada quien. Es un problema común el perder la creatividad cuando se tiene avanzado el proyecto. Cosas como: “¿Usted no ha leído a tal autor? ¡Deje de leer escritores japoneses y lea literatura colombiana!” no funcionan. Mientras si sencillamente le digo a mi amigo, al supuesto ignorante: “Tranquilo: usted no ha perdido el tiempo. Sólo guarde algo en mente: usted no puede morir sin leer a tal. Él es uno de los nuestros”, él me entenderá, y su curiosidad irá creciendo en la medida misma de la palabra transferida. Y de la comunicación, como tercero, pasamos al formato. En el formato, no todas las cosas merecen decirse. Cuando uno puede manejar uno o más medios para comunicar algo, uno aprende a dejar de lado cosas que, por estar en la búsqueda de una voz y una consagración, a veces queremos decir del todo, sin separar las prioridades. Pero cuando uno entiende que, como en mi caso, puedo rescatar a un autor publicando sus obras, investigando su biografía, contagiando a mis amigos en los cafés e incentivando a los artistas documentales y teatrales para que hagan cosas con él, estoy diversificando mis formatos de exposición. Si lo mío es una exposición, ¿debo dejar en clara la importancia del autor o generar un circuito ocular que tenga encarretados a los espectadores durante más o menos treinta minutos? Si estoy preparando, estudiando, leyendo y releendo las obras del autor que me consumió la vida, ¿debo adelantarme a hacer “mi” estudio crítico de la obra antes de darla a conocer? Si al montarme en un bus veo que el público potencial de lectura de estas obras se suscribe a mí y a otra persona en todo el automotor, y que esa persona puede ser quien está hablando por teléfono conmigo y nadie más, ¿debo comenzar a sacar conclusiones sobre la pobreza cultural de mi pueblo? Todas esas preguntas ayudan a que no actúes en primera instancia, sino a que generes dentro de ti al gestor de eso que trabajas. Te preocupas por lo que haces bien y, en la urdimbre, vas aprendiendo métodos y herramientas de eso que necesitas para llevar a cabo tu obra. Pero, y cuánto más importante: en el trayecto vas formando el núcleo espiritual de tu labor desinteresada, y te vas dando cuenta que eso que hiciste te unió a personas desconocidas, te contactó a gestores con otros intereses y que el escritor, que tanto te desveló, por fin salió de su tumba para hablar con alguien más que contigo. Allí, finalmente, sale la conclusión de tu

trabajo: “Ahora sí, a escribir sobre el autor”, te dices, después de haber funcionado como promotor cultural, gestor administrativo de recursos, editor colaborador, investigador coordinador, contacto con los herederos y amigo intangible de tu afición. Allí, reúnes lo hecho, y ya: tomas el camino para finalizar tu trabajo. Pero como ves, quizá, en el patrimonio, tu trabajo para la sociedad sea mucho más importante que tu trabajo como tal.

—O sea que prefieres seguir como estamos... Vaya cosa. Por eso somos pobres con cara de menso.

— ¡No! Es allí cuando somos sencillamente lo que somos. Si lo que rescaté estaba en las sombras, no es porque al rescatarlo aparecieron las luces. Somos una sociedad determinada, con conductas generales y tiempos cambiantes. Eso es algo que no podemos controlar. Lo único que podemos hacer es abrirnos campo de abajo a arriba, no de arriba abajo. Además, por más política que se le meta a la cultura patrimonial, siempre la cultura es “lo que hay”. Nunca alguien trabajó con el patrimonio pensando en lo que habrá, pues lo que habrá es como la obra publicada para un literato: algo que no depende ya de sí mismo.

— ¿Y las entidades departamentales de cultura? ¿Y el ministerio de cultura? ¿Y los responsables de esto? ¿Ah? ¿Dónde me los dejas? Ellos siguen gastando plata en nombre de las cosas, y si tú no quieres participar, habrá quien haciendo pendejadas se lo lleve todo.

—Habrá historiadores capaces de relatar ese problema dentro de cincuenta años, no lo dudes. Pero a mí no me corresponde, historiador de por medio incluso. Es aquí cuando finalmente puedo responder a tu pregunta inicial, querida. Me has llamado porque he tratado de transferir un sentimiento pasado con las herramientas de ese pasado a tus ojos. Has leído, has escuchado, has confirmado sucesos interesantes, y te has pensado. Tú, querida mía, eres la respuesta de mi trabajo. Las entidades no abren las puertas a los desconocidos, y por eso forman técnicamente a su personal, que es especializado. Pero hay una mejor manera de llegar a ese destino, y es siendo lo que no se puede ser en un lugar donde se aprende a diseñar el ser colectivo. Es por eso que soy historiador, mi querida. Porque lo soy vocacionalmente, ya no únicamente por profesión, y técnicamente ya no lo parezco. Las puertas se abren solas, ya no para mí, te lo repito. Se abren para proyectos que, bien dado el primer paso y demostrado su importancia, la gente lentamente comienza a reconocer como emotivo, y pretende darle impulso, agregando a tu honrosa tarea el deber técnico de hacer las cosas en los términos legales de la cultura, ya no personales de la afición. Por eso puedo ser un historiador que habla de literatura, porque el oficio ya no es una determinante, sino una vocación.

— ¡Ah! ¡Ya no más! —gritó—. Ya no tengo genio para hablar de esto. ¿Quieres ir a ver una película, mejor?

—Perfecto. Gracias por tu emoción, pero no te me deprimas. Vamos a ver una película de humor...

—Por favor...

Y fuimos a cine, comimos galguerías, cenamos y sonreímos de sobremanera. Para el momento, ella se había transformado en una excelsa colaboradora de los propósitos que llevaba a cabo cuando nos

conocimos. Un mes antes nos habíamos topado en un bus, siendo unos completos extraños. Yo hablaba por teléfono con mi jefe, y le explicaba por qué debíamos alentar el proceso de divulgación de la obra que me encontraba rescatando. “¡Es que no se puede!”, le respondía a su insistencia. Aquel día, ella me saludó diciendo: “¿Prefieres perder la oportunidad de editar un libro porque un dato en la solapa no está claro? ¡Quita el dato de la solapa y saca el libro, carambas!” Yo le respondí: “Hay cosas que no se pueden hacer sin un dato... como por ejemplo: ¿Cuál es tu nombre?”

\*\*\*

#### SOBRE EL AUTOR:

**Juandiego Serrano Durán** (Bucaramanga, 1984) es historiador por la Universidad Industrial de Santander con experiencia y publicaciones en historia marítima y naval e historia cultural. Melómano, radio productor, editor y gestor cultural de vocación, ha estado vinculado a proyectos de distinta índole con la Armada Nacional de Colombia, la Dirección General Marítima, la Universidad Industrial de Santander, el Banco de la República, Fusader y la Gobernación de Santander. Escritos de su autoría han sido publicados en revistas como *Revista Armada*, *Revista de Santander (2ª época)*, *Suma Cultural*, *Águilas y Moscas*, *La Chueca*, *Alter Vox Media*, *Valquiria*, *Cátedra Libre UIS* y otros medios especializados. Es editor de la *Biblioteca Santander*, proyecto editorial de autores santandereanos a cargo de la UIS y Fusader, que ha iniciado en 2016 con las *Obras Completas* de Jesús Zárate Moreno. Detrás de *El Zancudo aristocrático y displicente*, su álter ego, se ha otorgado libertades en el campo de la escritura ficcional.